



La cultura, la universidad y la educación cristiana

HÉCTOR EDUARDO LUGO G., OFM*

RESUMEN

S

e presenta a lo largo del artículo tanto la vigencia como la prospectiva que el Concilio Ecuménico Vaticano Segundo mantiene en la vida de la Iglesia y de su entorno sociocultural. Se pretende con el artículo revitalizar la nueva concepción eclesiológica que maduró el Concilio y que sirvió para comprender desde diversas dimensiones, no sólo la fe y las culturas, sino ante todo el diálogo que debe haber entre ellas, para que la ciencia entre en relación con la teología desde la universidad misma.

Se plantean interrogantes de tipo teológico pero también universitario para mostrar la importancia de una nueva presencia eclesial en el mundo universitario, de tal forma que se logre la evangelización de la inteligencia así como la evangelización de las culturas en el medio en el cual se están creando y desarrollando.

Palabras clave: Culturas, inteligencia, evangelización, fe, vigencia del Vaticano Segundo, diálogo, notas universitarias hoy, responsabilidad social de la universidad católica.

* Doctor en Teología, Universidad Católica de París. Magister en el Simposio Permanente sobre Gestión y Administración Universitaria. Doctor en Historia Comparada de las Religiones, Universidad de Sorbona, París. Director del Departamento de Cultura y Universidades de la Conferencia Episcopal. Correo electrónico: helgarcia@hotmail.com

Abstract

This article dwells both on the validity and the prospective that the Second Vatican Council maintains in the life of the Church and its socio-cultural environment. It intends to revitalize the new ecclesiological conception matured by the Council and which served to understand from different perspectives not only the faith and the cultures, but above all the dialogue that must exist among them, in order that the science comes into a relationship with theology within the university itself.

Several questions are raised from the theological point of view as well as from the academic one in order to show the importance of a new ecclesial presence in the academic world, so that an evangelization of the intelligence be achieved as well as the evangelization of cultures within the milieu in which they are coming into life and are growing.

Key words: Cultures, intelligence, evangelization, faith, validity of the Second Vatican Council, dialogue, academic life, social responsibility of a catholic university.

Agradezco al padre Víctor Martínez, decano académico de la Facultad de Teología, al padre Eduardo Díaz, director del Programa de Teología, y al doctor Libardo Hoyos, director del Programa de Educación Continuada, la deferente invitación que me hicieran para participar en este simposio de prospectiva.

Al recibir la convocatoria en donde se me anunciaba el tema asignado, lo primero que hice, antes de planificar y desarrollar este breve *excursus*, fue interpretar lo que el comité académico deseaba con el tema general “Panel Vaticano II Visión económica, política y social” y con mi subtema “La cultura, la universidad y la educación cristiana”.

Y fue así como decidí que para que aquello que me correspondía en este panel no se convirtiera en un libreto aburrido o repetitivo, procuraría enfocarlo desde una referencia básicamente interpretativa, pues si pensar es un deber –como nos lo recordaba el “Mensaje del Concilio a la humanidad”– interpretar es un derecho, pues sin duda alguna vivir es interpretar, y como acostumbro al iniciar una ponencia o una reflexión, les pido que de aquello que ustedes escucharán guarden más lo que yo diga implícitamente que aquello que les diga explícitamente. Los invito a interpretar para buscar alternativas a la acción del Concilio hoy, pues aun cuando les parezca extra-

ño, quisiera trabajar estos minutos desde el corazón de nuestra misión universitaria.

Mi tarea es entonces releer el Concilio en el contexto del nuevo orden mundial, razón por la cual he de iniciar preguntándome: ¿Que estamos haciendo para responder a las cambiantes exigencias del mundo en el cual vivimos? Y ¿qué nuevas formas de evangelización se delinean en nuestro contexto y en nuestro entorno?

Después de 44 años de haber sido convocado el Concilio, creo que tenemos la grave responsabilidad de pasar de los signos de los tiempos (expresión registrada en la *Gaudium et spes* No. 4), al tiempo de los signos, buscando nuevas ocasiones de diálogo con el mundo, buscando nuevas alternativas de encuentro con las culturas, es decir, con los hombres, pues todos –creyentes o no– deben ser interlocutores validos para nuestra prospectiva eclesial; buscando nuevas formas de comprensión del misterio, la misión y la relación de la Iglesia con el mundo posmoderno. Y en esta línea hemos de comprometernos a renovar con fidelidad nuestra adhesión al Evangelio, pues creo que la fidelidad es signo y fuente de audacia, signo y fuente de creatividad; que fidelidad no es sólo conservar sino buscar.

Tenemos el deber de presentar el Evangelio de un modo significativo, pues por una fidelidad mal enfocada lo estamos volviendo in-significante.

Ahora bien, no es que el mundo exija de nosotros “nuevos signos” sino una comprensión y vivencia renovada en el tiempo que vivimos de los signos concretos que emergen en nuestra historia, pues si no nos decidimos por buscar alternativas de los signos, nos quedaremos a la vera del camino y de la historia.

Si con el Concilio Ecuménico Vaticano Segundo la Iglesia quería insertarse en el mundo, en sus gozos y sus esperanzas, en las tristezas y las angustias de los hombres, hoy hemos de insertarnos en un tiempo mudable y cambiante.

Les recuerdo breves alusiones a la cuestión de los signos de los tiempos vistos hace cuatro décadas por los padres conciliares como aquello de que “es de suma importancia que los fieles comprendan los signos” (*Sacrosanctum Concilium*, 59); o “la comunidad es signo de la presencia de Dios en el mundo” (*Ad gentes*, 15).

También aquello de “buscamos la renovación de la Iglesia para que el signo de Cristo resplandezca en su rostro” (*Lumen gentium*, 15), o incluso “el apostolado de los laicos es signo de la comunidad” (*Apostolicam actuositatem*, 18) y en fin, “la verdadera libertad es signo eminente de la imagen divina en el hombre” (*Gaudium et spes*, 17).

Así pues, uno de los primeros pasos que hemos de dar es el relativo a la comprensión y vivencia de la fe. Cuando el papa Juan Pablo II inauguraba el Consejo Pontificio de la Cultura hace diez años, recordaba al mundo académico y universitario que “una fe que no se hace cultura es una fe que no es plenamente acogida, enteramente pensada o fielmente vivida”.

La presencia de la Iglesia en la universidad no es una tarea ajena a la misión de anunciar la fe, pero una fe que con raíces en la cultura impregne la inteligencia y el corazón ha de ser pensada para poder ser vivida.

En nuestras universidades se están gestando nuevas formas de pensar, de juzgar, de vivir y de creer y éstas son nuevas voces de la cultura juvenil y universitaria, son voces que reflejan el tiempo que vivimos, son voces que debemos asumir y que nos muestran que hemos llegado al umbral del tiempo de los signos y esto hay que interpretarlo. Nos urge convencernos de que todas las culturas, en especial, las de las nuevas generaciones, son interlocutores válidos para nosotros y esto lo lograremos a partir del diálogo y de la escucha, pues con el diálogo se abren puertas para elaborar una nueva síntesis, incluso con la fe.

Para lograr lo anterior necesitamos que los centros de educación superior sean lugares de salvación, no de condena, que muestren las alternativas que desde el humanismo cristiano hemos desarrollado a lo largo de la historia. Por eso, ha llegado el momento de entender que desde el talante evangélico muchos somos educadores, no simplemente como dispensadores de conocimientos, sino como acompañantes de camino.

La realidad colombiana nos reclama emprender y rediseñar una actualizada renovación de nuestra tarea en la universidad, de tal forma que reinterpretemos nuestra responsabilidad en el contexto real y vital de una Colombia que espera de nosotros una relectura de nuestra misión en la vida universitaria.

Colombia le pide a la universidad que redefina su responsabilidad, pues a decir verdad, la primera responsabilidad social de la universidad es

ser realmente universidad. Y a nosotros esa misma realidad nos pide redefinir nuestra tarea evangelizadora, sabedores de que nuestra primera responsabilidad es la de ser testigos auténticos del Evangelio.

Estamos llamados a asumir nuestra pertinencia social y a dar nuevas respuestas a las necesidades del entorno.

La nota de la “universalidad” en la universidad hemos de releerla, ante todo, desde la apertura a la pluralidad, no sólo de los saberes y las tecnologías, sino abierta a la pluralidad de las personas y de sus creencias. La universidad no es ante todo pluralidad de pensamientos, sino diversidad de personas. Por eso la persona ha de ser el primer signo de este tiempo.

Hoy la “universalidad” ha de ser vivida desde una perspectiva dialógica y comunicativa para acoger las diferencias y acercarse respetuosa a la evolución de las mentalidades y a la evolución de la fe.

La “autonomía” universitaria tendría que ser asumida como responsabilidad, para poner en marcha un proyecto ético y estético definido, proyecto que debe ir unido a la participación en la problemática cotidiana del país, de tal forma que genere un liderazgo moral comprometido en el proceso de transformación de Colombia y de la universidad.

La nota de la “cientificidad” en la universidad hemos de releerla como una nueva posibilidad para desarrollar la capacidad crítica y creativa en la búsqueda de la verdad, de tal forma que obtengamos de ella una palabra decisiva en la coyuntura actual.

La “cientificidad” no puede seguir siendo medida sólo por el rigor en los métodos, sino también por la capacidad de decir la verdad y en esto tenemos un papel fundamental que jugar.

Y nos corresponderá releer la nota de la “corporatividad” en la perspectiva de la co-responsabilidad.

Hoy la “corporatividad universitaria”, si queremos entenderla en nuestro contexto histórico, debe ser enfocada como una nueva responsabilidad.

Seremos corporativos no sólo en la medida en que seamos un cuerpo de universitarios, sino cuando nos sintamos co-responsables en la interacción de los procesos sociopolíticos.

Esta co-responsabilidad significa el encuentro y el diálogo con el otro, su inclusión en los procesos, la amplia participación de todas las mentalidades y de todas las maneras de creer.

Con esta relectura de la "corporatividad" ya no contaríamos con unos docentes consagrados únicamente a forjar intelectos, unos discentes centrados en recibir conocimiento, unos directivos dedicados a administrar la academia y a organizar los currículos visibles y unos agentes evangelizadores dedicados exclusivamente a la administración de la fe mediante la sacramentalidad.

Todos debemos entrar en procesos participativos de responsabilidad, apartándonos de la mentalidad de hacer tareas gremiales independientes.

Una docencia que forme la inteligencia del corazón, con una concepción antropológica alimentada por las culturas latinoamericanas. Una docencia cuyo centro de interés sean las personas y no unos códigos computarizados.

Nosotros, desde nuestra tarea evangelizadora en la universidad, hemos de construir pensamiento, pues no podemos contentarnos con construir puntos de vista.

Gran parte de nuestra responsabilidad será también la de formar una opinión autónoma, que contribuya tanto a la recomposición social, como al liderazgo moral en los valores cristianos.

El moderno sistema globalizado está enmarcado por el llamado pensamiento único, en el que se afirma que fuera de dicho sistema no hay alternativa. Y ante este enfoque, nosotros no podemos quedarnos esperando quién o quiénes nos ofrecen alternativas. El neoliberalismo nos ha hecho creer que no hay otro sendero por recorrer que el de la globalización.

Yo reinterpreto el llamado del Concilio sembrando la inquietud de que nos urge saber buscar una nueva conciencia moral, un nuevo liderazgo moral, dada la ambigüedad de valores que hoy vivimos y los permanentes riesgos que padecemos en medio del conflicto y la violencia institucionalizada.

La universidad católica ha de buscar un profundo equilibrio entre ciencia y fe, entre ética y estética, entre fe y culturas. Por esto necesitamos que nuestra reflexión teológica y pastoral sea abierta, reflexiva y participativa, para que conduzca a todos los estamentos universitarios a un compromiso real con el Evangelio, con la vida y con la sociedad.

Estamos llamados a ser capaces de revisar lo vivido para mejorarlo, pues aparece la imperiosa urgencia de formar universitarios cristianos que sepan asumir con firmeza pero con serenidad los conflictos que hoy vivi-

mos; universitarios cristianos con nuevas actitudes ante la vida, con nueva visión del mundo y con nuevas relaciones ante los continuos cambios ideológicos, económicos y religiosos.

Desde nuestra misión evangelizadora se trata de formar la inteligencia del corazón para mostrar que creer en Dios no es pensar a Dios o pensar en él, que asumir el Evangelio es sentir al Dios de Jesucristo en el interior del corazón.

Al joven universitario tenemos que mostrarle desde la óptica evangelizadora que la vida es una oportunidad para crecer, no sólo para aprender cosas; que la vida en la universidad es también una oportunidad para entender limitaciones y grandezas, que la universidad es una oportunidad para descubrir a Dios en el corazón de los demás.

Nuestra labor no está centrada en que los universitarios desde un principio adhieran a la fe. Lo que tenemos que hacer es ayudarles a buscar la fe para que lleguen, con nuestro apoyo, por lo menos al umbral del Evangelio. Por eso el verdadero discípulo no se contenta con decir "sigue por ahí", sino que "ayuda a definir caminos".

Tenemos la responsabilidad de interpretar el llamado del Concilio a la paz, pues se trata de educar para la paz desde el corazón; si las guerras nacen en el corazón, es en el corazón en donde hay que construir la defensa de la paz. Pero para entender y desarrollar esto será necesario vivir en permanente formación: de otra manera no seremos capaces de captar las dimensiones profundas de los acontecimientos.

Quisiera, para terminar, abordar un punto básico en la interpretación prospectiva del Concilio para sentirlo vigente. Creo que el Concilio Vaticano Segundo es el concilio de la eclesiología y de esta manera podremos decir que con el Concilio por fin se terminó la era constantiniana; es decir, se terminaron los tiempos de la cristiandad y comenzaron los tiempos de la Iglesia como comunión y participación.

Muchas conferencias episcopales de las Américas han venido estudiando de un tiempo para acá temas que me parece han comenzado a marcar poco a poco nuestra reflexión teológica y nuestra acción pastoral. Dichos temas son, primero, qué eclesiología vivimos hoy; segundo, los fieles laicos en la Iglesia y en la sociedad; tercero, la comunión en los diversos niveles de Iglesia; cuarto, la identidad del sacerdote en una Iglesia cada día más

desacralizada; y quinto, qué hacer para pasar de una Iglesia clerical a una Iglesia realmente ministerial.

Prácticamente a todo lo largo del segundo milenio, cada vez que se hablaba de orden, de ordenación y de sacerdocio sólo se hacía referencia al presbiterado, personificado en un hombre casi forzosamente marginado y dedicado al ambiente cultural, al mundo litúrgico y al ámbito sacramental.

Parece que nuestra teología del sacerdocio se hubiera quedado con un presbítero más protagonista de acciones que maestro de la palabra, con un presbítero más líder comunitario que pastor y servidor, con un presbítero más administrador que guía de la comunidad en un tercer milenio cristiano que parece nos ha tomado de sorpresa, pues olvidamos en gran parte ser maestros de la esperanza en un mundo que desorientado ha perdido su norte y nosotros no sabemos presentarle al Señor, camino, verdad y vida. Parece que no hemos percibido que la inflación de misas y el desordenado apetito de distribución sacramental, ritual y cultural está opacando el ejercicio de otros ministerios tan sacerdotales como los anteriores, pues no tenemos conciencia de desarrollar una actividad más profética centrada en el conocimiento de la Palabra, en la predicación de la Palabra, en el servicio al altar de la Palabra que alimenta y es presencia real de Cristo para la comunidad.

Necesitamos renovar tanto la teología de los ministerios como renovar nuestra identidad teológica sacerdotal.

Hoy una de las estructuras más sacudidas en la revolución social de las sociedades es sin duda alguna la estructura sacerdotal. Ya hoy el sacerdote no es el que más cultura posee, pues por dedicarse a trabajar nunca tiene tiempo para renovar su propia vocación, por tanto activismo no tiene tiempo de proponerse un proceso de formación permanente o mejor dicho de vivir un proceso evangelizador de conversión permanente. Hoy el sacerdote no está para enfrentarse a los modelos propuestos por los *mass media*.

Pero ¿avanzamos hacia un nuevo modelo de Iglesia? ¿Estamos felizmente instalados en unos modelos eclesiales que poco o nada responden al desarrollo del hombre y de la mujer contemporáneos? ¿Cuáles son las nuevas razones teológicas y jurídicas ante la discriminación de la Iglesia en los ministerios ordenados y en los ministerios instituidos? ¿Qué papel real desempeña la mujer en la estructura actual de la Iglesia?

Cuando iniciamos esta clase de reflexiones, hemos de ser conscientes de la necesidad de adquirir una nueva visión sobre las condiciones culturales de la persona y sobre la nueva situación cultural de las comunidades humanas, de tal forma que podamos hacer accesible el mensaje de la Iglesia tanto a las nuevas culturas como a las formas actuales de la inteligencia y de la sensibilidad de personas y comunidades.

Porque si la cultura impregna la manera de vivir la fe y a la vez es modelada por ésta, nos corresponde como Iglesia anunciar a Jesucristo, sacando a la luz, los “*semina verbi*” escondidos y a veces enterrados en el corazón de las culturas, de tal forma que descubramos cómo devolver la vida a un mundo descristianizado mediante la búsqueda de nuevos campos de evangelización.

La ostentación de la indiferencia religiosa, el materialismo hedonista que todo lo invade y el ateísmo práctico antropocéntrico que marginan la fe como algo sin consistencia en el seno de las culturas científicas y técnicas, son signos que nos desafían para dar nuevas respuestas.

Asistimos a una nueva época de la historia humana, pues los nuevos areópagos de nuestro tiempo requieren una presentación renovada del mensaje cristiano, identificando los desafíos actuales para el anuncio del Evangelio, pensando y desarrollando prometedoras iniciativas eclesiales que nos lleven a un desarrollo responsable y creativo.

Ante el marco descrito anteriormente es indispensable que busquemos nuevas iniciativas eclesiales que nos permitan introducir, en el corazón de la mentalidad actual, otras formas de diálogo y nuevos pasos de dimensión eclesial con verdadera creatividad apostólica, pues numerosos son los puntos sobre los cuales la Iglesia está llamada a traducirse y expresarse de manera más accesible a la situación de todos los bautizados, hombres o mujeres.

En Cristo es abolida la distinción entre sacerdote y víctima y por tanto entre culto y vida. Al mismo tiempo es abolida la separación entre sacerdote y pueblo, porque el sacrificio de Cristo es un acto de fidelidad permanente y un acto de solidaridad extrema con los hombres, hasta tomar sobre sí su muerte para salvarnos.

El Concilio Vaticano II indudablemente valorizó la dignidad y la corresponsabilidad del laico, sea hombre o mujer y la valorizó en “virtud del bautismo”, no por ser hombre o mujer, sino por ser bautizados.

Una educación al servicio de la equidad de género logrando poco a poco superar la extrema atención dedicada a la formación a partir de los géneros y la gran exclusión por pretender formar sin atender la identidad personal.

Y nos corresponderá asumir algunos cambios que a mi modo de ver son básicos. Primero, el desarrollo equitativo de lo masculino y de lo femenino, para lograr una verdadera autonomía en cada uno de los géneros; segundo, la urgencia de valorizar y asumir la diversidad de culturas, el derecho a las diferencias ideológicas, políticas, religiosas y étnicas; y tercero, formar para aprender a buscar y a vivir la conciencia y la identidad moral, dada la ambigüedad de valores que hoy vivimos y los permanentes riesgos que padecemos en medio del conflicto y la violencia institucionalizada.

En definitiva, no tenemos elaborada una teología de los ministerios, sino sólo algunas bases para sostenerla, pues aún hablamos del sacerdote en singular y no en perspectiva eclesiológica. Por eso, en la reflexión teológica sobre los ministerios, tenemos zonas dominadas por una gran oscuridad o, mejor, por claroscuros que aún no atinamos a dilucidar.

Ahora bien, cuando hablamos de otros ministerios no es para buscar la clericalización de los bautizados, de acuerdo con la expresión de la *Lumen gentium*, 12, es decir, de unos laicos en busca de una nueva forma de clericalismo con tareas secundarias. Creo que hasta el término "laico" habría que reconsiderarlo (dicha palabra no viene propiamente del griego *laos* -que significa pueblo-, sino de otra palabra griega, *laicos*, que significa el "subordinado") para que por fin podamos hablar de un verdadero discipulado de iguales, con identidad recibida del mismo bautismo.

Parece que nuestra eclesiología hace que la relación del individuo con Cristo dependa de su relación con la Iglesia, en lugar de que la relación del individuo con la Iglesia dependa ante todo de su relación con Cristo. De allí lo difícil que es y será encontrar nuevas alternativas en la relación individuo y comunión. Esto nos lleva a tener una visión parcializada de la Iglesia y por tanto a una visión parcializada de los ministerios.

Pienso que necesitamos una evolución de las formas ministeriales, pues si es verdad que los ministerios pertenecen a la estructura carismática de la Iglesia y no a la estructura jerárquica de la misma, ellos no pueden depender de estructuras de tipo sociológico para alcanzar una promoción

social, ni de tipo político, para adquirir poderes, ni tampoco de tipo jerárquico, para lograr estatus o prelación en la *communio*.

El Concilio Vaticano II indudablemente valorizó la dignidad y la corresponsabilidad del laico, sea hombre o mujer y la valorizó en "virtud del bautismo", no por ser hombre o mujer, sino por ser bautizados.

INSTRUMENTO BIBLIOGRÁFICO

- ALBERIGO, GIUSEPPE, "El Vaticano II y su herencia", en *Selecciones de Teología*, 149, 1996, pp. 175-185.
- ALCALÁ, MANUEL, "Reflexión sobre el Sínodo. Acontecimiento y Documentos del postconcilio vaticano", en *Sal Térrea*, 74, 1986, pp. 71-79.
- ALDAZABAL, JOSÉ, *Ministerios laicales*, Dossiers CPL 35, Barcelona, 1993.
- ANTÓN, ANGEL, "La 'recepción' del concilio Vaticano II y de su eclesiología", en *Revista Española de Teología*, 48, 1988, pp. 291- 320.
- ANTÓN, ANGEL, "Principios fundamentales para una teología del laicado en la eclesiología del Vaticano II", en *Gregorianum* 68,1-2, 1987, pp. 103-155.
- BLAZQUEZ, RICARDO, *La Iglesia del Concilio Vaticano II*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 1991.
- BOTERO, MARIO, "El Vaticano II en América Latina", en *Cuadernos Hispanoamericanos*, 431, 1986, pp. 61-83.
- CARRIER, HERVÉ, *Evangelio y culturas*, Celam, Colección Autores, Santa Fe de Bogotá, 1991.
- CONFERENCIA EPISCOPAL DE COLOMBIA, *Renovación pastoral y nuevos ministerios*, SPEC, Bogotá, 1985.
- Concilium*, Revista internacional de Teología, 243, "El tabú de la democratización en la Iglesia", Estella, octubre, 1992.
- Concilium*, Revista internacional de Teología, 283, "2000 Realidad y esperanza", Estella, noviembre, 1999.
- CONSEJO PONTIFICIO PARA LA CULTURA, *Para una pastoral de la cultura*, Librería Vaticana, El Vaticano, 1999.

- CHENU, MARIE - DOMINIQUE Y OTROS, *Un concilio para nuestro tiempo*, Editorial Estela, Colección Concilio Vaticano II, Barcelona, 1962.
- DOS ANJOS, MÁRCIO FABRI, *Teología y nuevos paradigmas*, Mensajero, Bilbao, 1999.
- DOCUMENTOS DEL VATICANO II. *Constituciones, decretos y declaraciones con introducciones históricas, esquemas e índices*, BAC, Madrid, 1985.
- DULLES, A., "La eclesiología católica a partir del Vaticano II", en *Concilium*, 208, 1986, pp. 321- 335.
- DELOUPY, JEAN PAUL, *Laïcs et pretres. Des idées pour demain*, Le Centurion, Paris, 1987.
- DREWERMANN, EUGEN, *Dios inmediato*, Trotta, Madrid, 1997.
- DREWERMANN, EUGEN, *Clérigos. Psicograma de un ideal*, Trotta, Madrid, 1995.
- FRANQUESA, ADALBERT, "El Concilio Vaticano II y la Constitución sobre la Sagrada Liturgia", en *Phase*, 167, 1988, pp. 383-414.
- GAILLOT, JACQUES, *Una Iglesia que no sirve, no sirve para nada*, Sal Terrae, Santander, 1995.
- GARCÍA ROCA, JOAQUÍN, "La presencia de los cristianos en el mundo", en *Selecciones de Teología*, 100, 1986, pp. 308-315.
- GÉLAMUR, JEAN, *Les laïcs. Leur mission dans l'église et dans le monde*, Le Centurion, Paris, 1995.
- INIESTA, ALBERTO, *Servicios y ministerios laicales. ¿Por qué?*, Paulinas, Madrid, 1990.
- JOUNEL, PIERRE, "La reforma litúrgica del Concilio de Trento al Concilio Vaticano II", en *La Iglesia en Oración de Martimort*, Ediciones Herder, Barcelona, 1987, pp. 91-113.
- JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica postsinodal "Ecclesia in América"*, Paulinas, Bogotá, 1999.
- JUAN PABLO II, *Exhortación Apostólica Postsinodal "Ecclesia in Africa"*, www.vatican.va/holy_father/john, p. 2000.
- KUSCHEL, KARL-JOSEF, *Teología en libertad. Diálogo con Hans Küng*, Trotta, Madrid, 1998.

- KEHL, MEDARD, *¿A dónde va la Iglesia?*, Sal Terrae, Colección Presencia Teológica 88, Santander, 1997.
- LAISHLEY, JOSEPH, "¿Sigue adelante la Iglesia?" en *Selecciones de Teología*, 102, 1987, pp. 157-160.
- LAGO ALBA, LUIS, "Fe e increencia en el Vaticano II", en *Ciencia Tomista*, 371, 1986, pp. 465-496.
- LATOURELLE, RENÉ, "Vaticano II", en *Diccionario de teología fundamental*, Ediciones Paulinas, Madrid, 1990, pp. 1596-1609.
- LOMBARDÍA, PEDRO, "Dualismo cristiano y libertad religiosa en el Concilio Vaticano II", en *Ius Canonicum*, 26. 51, 1986, pp. 13-32.
- LÓPEZ MARTÍN, JULIÁN, "El 'modelo' de pastoral de los sacramentos en el Vaticano II y en los actuales rituales", en *Phase*, 156, 1986, pp. 479-508.
- MARTELET, GUSTAVE, *Las ideas fundamentales del Vaticano II. Iniciación al espíritu del Concilio*, Editorial Herder, Barcelona, 1968.
- MARTÍN DESCALZO, JOSÉ LUIS, *El concilio de Juan y Pablo. Documentos pontificios sobre la preparación, desarrollo e interpretación del Vaticano II*, BAC, Madrid, 1967.
- MARTINA, GIACOMO, "El contexto histórico en el que nació la idea de un nuevo concilio ecuménico", en *Vaticano II: Balance y perspectivas*, 1990, pp. 25-64.
- MORCILLO, CASIMIRO, *Concilio en el siglo XX*, Editorial Estela, Colección Concilio Vaticano II, Barcelona, 1962.
- MORENO - MURILLO, J., *Juan XXIII y Pablo VI explican el Concilio*, Colección "Spiritus", Bilbao, 1967.
- NEUFELD, KARL HEINZ, "Obispos y teólogos al servicio del Concilio Vaticano Segundo", en *Vaticano II: Balance y perspectivas*, 1990, pp. 65-84.
- OÑATIBIA, IGNACIO, "La 'Sacrosanctum Concilium'. Hito histórico", en *Phase*, 169, 1989, pp. 45-52.
- ORTÍZ DE URTARÁN, FÉLIX, "Sínodo 1985. La misión de la Iglesia en el mundo", en *Lumen*, 35, 1986, pp. 397-420.
- PIÉ- NINOT, SALVADOR, *Eclesiología*, Verbo Divino 7, Estella, 1998.
- POUPARD, PAUL, *Diccionario de las religiones*, Herder, Madrid, 1990.

- RÉGNIER JÉRÔME, "La moral conciliar y la moral del catecismo romano", en *Selecciones de Teología*, 128, 1993, pp. 340-355.
- RONDET, ENRIQUE, *Vaticano II. El concilio de la nueva era*, Ediciones Desclée de Brouwer, Nueva Biblioteca de Teología, Bilbao, 1970.
- SCHILLEBEECKX, EDWARD, *La iglesia de Cristo y el hombre moderno según el Vaticano II*, Ediciones Fax, Madrid, 1969.
- SCHMIDT, HERMAN, *La constitución sobre la Sagrada Liturgia. Texto, historia y comentario*, Editorial Herder, Barcelona, 1967.
- VARIOS AUTORES, "Concilio Vaticano II y nueva evangelización", en *Theologica Xaveriana*, 97, 1990, pp. 377-464.
- VARIOS AUTORES, "El Concilio de la esperanza", en *Selecciones de Teología*, 121, 1992, pp. 7-117.
- VARIOS AUTORES, "La celebración posconciliar de la eucaristía", en *Phase*, 28, 165-166, 1988, pp. 179-308.
- VARIOS AUTORES, *Enchiridion. Documentación litúrgica posconciliar*. Preparado por Andrés Pardo, Editorial Regina, Barcelona, 1992.
- VARIOS AUTORES, "Concilio. Concilio Vaticano II", en *Diccionario de las religiones*, dirigido por Paul Poupard, Editorial Herder, Barcelona, 1987.
- VIANA, ANTONIO, "El laico en el Concilio Vaticano II", en *Ius Canonicum*, 26.51, 1986, pp. 63-79.
- WENGER, ANTOINE, *Historia del Concilio Vaticano II*, Edit. Estela, Barcelona, 1967.